

**LIBRO
DE
COLLEGE STATION**

PABLO DE CUBA SORIA



*Pero nadie era capaz, ni en el cielo ni en la tierra
ni bajo tierra, de abrir el libro ni de leerlo.*

APOCALIPSIS 5: 3

*No hay rostros en este pretendido paisaje (...)
Sólo, a lo más, podemos encontrar señales:
pistas hacia algo que fue;
regueros de un centro ya perdido.*

LORENZO GARCÍA VEGA

*IV. Una armazón que sobre
sí misma se arma*

Una armazón que sobre sí misma se arma: traza en cancelación de referentes, incluyendo la “*curva del camino de Naas*”.

No figuraba en inventario, a pesar de que hablamos su propia lengua. Digo: gagueamos. La bibliotecaria bajita del campus, ojos dislocados, habla de las tradiciones de College Station: la quema de libros, huevos contra las piedras, el babear continuo.

“Córrete un poquito, un poco más, ya no eres parte de esta escena”.

Incluso en el tiovivo (girando), lo consolaban las hermanas.

Malentendieron *a priori* el alargue que le nombra. Josephine, pudo ser. En substitución de resonancias se auxilian de citas.

Nunca sabremos con exactitud de tales septenarios, ni siquiera las siete melodías a siete trompetas correspondientes. A este reino no pertenecen. Pero sí los siete libros que lees a la vez (arquitectura levantada sobre mesa de noche) para que finalmente los olvides todos. O quedando, acaso, el eco distorsionado del conjunto.

En el pausar de la frase, celadores irrumpen.

En carta a Arnault, era 1687, Leibniz describe su sistema filosófico como “un concierto en el que las mónadas cantan cada una su parte, sin conocer la del otro ni oírla, y, sin embargo, armonizan perfectamente”. Pensamiento bello... de músico frustrado que, ante la imposibilidad de hacer cantar a la lira, pacta desesperado con la palabras.

Le mostraba el sistema a los discípulos ausentes: un apilar de cadáveres en las sillas del fondo.

Las llagas (círculos rojizos) formaban anillos alrededor de las axilas. Diga *se estigma*, imagen repetitiva de algún tatuador de moda o novela decimonónica. De momento, podríamos llamar *le Ismael*, cuando en verdad es Pingali de la Caridad

López quien imagina esta historia. Aunque, a medida que esta historia no se pueda relatar —de hecho no se relata, se *sitúa*—, concurrirán saltos de agua para disimular las contracciones.

Igualmente ensaye *se* argumento: personajes ya situados, postergadas acciones propensas a gaguear, había una vez, etcétera. Las llagas desviaban la atención de los niños, esto es, una ligereza con propensión a deformar *se*.

Así se manifiesta lo social, con barquillos de helado goteando sobre un banco, en la expresión de un día, canturreando, viendo a los portadores caer como parte de una estructura verbal, de una camisa de fuerzas o andamiaje léxicos.

Cercano a los márgenes, el pausar de las modelos.

Los gramófonos, ya pasados de boga, mueven el manubrio.⁵

Que Ferlinguetti Batista como buen patriota, bárbaro por antonomasia, deseara, pensamiento callado, la aniquilación de tres cuartas partes de los habitantes de College Station, sería buen argumento para intentar de una vez por todas este relato.

⁵ En un curso irrealizado de fonética inglesa, justo en sonido palatal, escuché a los gramófonos darle a la palanca. Hubo, claro, mala pronunciación de los sintagmas. En edificio de al lado, detrás de pasarela, discurrían los exégetas sobre el pausar de las modelos.

Los habitantes de College Station son políglotos, nunca responden en la misma lengua.

Un dialogar de mudos: donde lengua adviene, se cruzan impulsos.

Que Ferlinguetti Batista llegue a ser un habitante de otro espacio, es cuestión sola de máscaras.

En College Station no hay montañas. Cabe decir: no hay signos. Lo que sería exacto, o lo simula: la metástasis.

Y en filas, aunque con tendencia a la sinuosidad, se suceden los postes de alumbrados. Y también en filas, y con tendencia a dispersarse, hay objetos detenidos en un tiempo que, no por ajeno, deja de atraer *les*.

Ruidos de albinos: se anuncian.

Abundancia de presentes: gente sin música.

De un señor con destino a College Station: se habla. Balbucesos y razones de quien no lleva el brazalete. Quizás un rumor. Quizás un desdoble del Ferlinguetti Batista un poco anticipado.

A pie de página: sucesión de hojas (tréboles) cubriendo la fachada.

Ninguna de las formas previas. Abarcar con los ojos la aridez del llano. El eco de los mudos.

Se discute, a veces, sobre la reinención del suicidio, en la *res*.

Sils Maria, Davos, Selva Negra... lugares donde entonar el aria, por atajos de siesta.

A pesar de los consortes y el jarrón, el frío y el verano afuera se acumulan. Sólo prestan atención (camadas) a un caer de monedas.

Ritmo estructural del cerebro, donde no hay lugar para el que sueña. Mucho menos para la prosa del amante.

A otras voces les doy empleo. Las mismas lavanderas, a lavanderas parecidas, acumulan noticias.

A *los héroes militantes* de Wittgenstein, luego de posicionarse en entrelínea (la que emerge de un conjunto de locuciones por *collegeanas* exigidas), Ferlinguetti Batista presta atención.

De las brutas ahorcadas sólo quedan unos soplos.
Hay neblina, fotos del diario rasgadas.

La trifulca, y aquí habría que tensar los paréntesis en alargo de pliegues, empezó con Sócrates. O, dictamínese ahora la expiación de las carnes, con las razones que pudieron convencer a los atenienses sobre la muerte de Sócrates, por lo que hecho y criterio se intercambian en esa andanada de lenguas de la juventud corrupta, o (a contrapelo de sucesivas apologías de epígonos que ya oían sus huecos en hospital de locos) dígame mejor de la juventud melancólica en práctica amenorreica de la *res pública*. Todo lo anterior a pesar de los sacrificios mensuales en divulgación de la cópula, de ahí que las reses rumien tranquilas, lo que no es poco, o de las demasiadas formas alineando ritmos, esto es, oración dilatada de pitonisas abiertas en su pausar menopáusico. Pero lo que viene al caso, a día de hoy, lo que menos imaginó Sócrates, fue semejante trifulca en extensión de las pequeñas dosis de alcaloides que, a decir verdad, ni siquiera hubieran puesto a roncar a los perros de Pericles, incluido el más pequeño de los perros de Pericles. Aunque, y esto sí podría interesar *le* al caso, entre Platón y Jenofonte se disputaron apología en la oficina de derechos de autor, que abría sólo siete horas por semanas en dependencia de la voluntad poligámica de los funcionarios que todo lo justificaban con el politeísmo circundante.

Quién ganó la disputa o quién registró el plagio o si finalmente se llegó al estrado tampoco viene al caso, sí las comadronas que salían de a dúo de los retretes sin llegar a exteriorizar capacidad de aguante en sus agujeros. La razón entonces expandíase en materia escatológica de tales nichos, los números primos o primos de Sócrates que costearon el entierro a pesar del aguacero a cántaros que erosionaba la estructura gramatical de Atenas provocando un desmadre de impulsos en sus habitantes. Y aquí, claro, se entroncan con diluvio y desmadre un posible relato de la vida privada de Sócrates que desembocó, ya qué duda cabe, en esta trifulca sostenida en descentralización sintáctica de los pormenores narrativos que para nada aclararían (y más con tal chaparrón prosódico sobre Atenas) el origen o razonamiento mayéutico que provocó desconfianzas a partir de Sócrates, practicante de una sordera en privilegio de la mirada, de ahí que la trifulca o dificultad de acceder a colisiones, tanto sintácticas como inductivas, empezara con él o con las razones que pudieron convencer a los atenienses sobre su muerte, más allá de que una de tales comadronas que salían de a dúo de los retretes ofició unos años antes como cocinera de Pericles y por extensión como cocinera de un joven Sócrates en los encuentros privados que Pericles y Sócrates (en detrimento de Anaxágoras que entre el *nous* y el *pome* apenas distinguía) tenían con sus muchachos y muchachas ávidos de un saber o más bien práctica amenorreica de la *res pública*. Todo lo anterior a pesar de las pequeñas dosis de alcaloides que una de tales comadronas

que salían de a dúo de los retretes usaba como condimento para las recetas que tanto Pericles como Sócrates compartían con sus muchachos y muchachas ávidos de un saber o más bien práctica amenorreica de la *res* pública, según lo cual, de la *res* pública a la *res* privada sólo median pequeñas dosis de alcaloides, aunque ya Sócrates a pesar de que no alcanzaba treintenas había puesto en práctica su método para resguardo del glande, a saber, un vaciamiento y proceso bajo vigilia racional de secreciones. Mas tales resguardos, por supuesto, para nada gustaron a Pericles y a los muchachos y muchachas ávidos de un saber o más bien práctica amenorreica de la *res* pública (por lo que Anaxágoras entraría de nuevo al cuadro a pesar de que entre el *nous* y el *porne* mediaba sólo la grafía), así que de golpe y porrazo intercambiaron lenguas incluyendo las casi muertas de algunos muchachos y muchachas provenientes de provincias sin desarrollo visible de los sonidos apicales que preceden a la articulación de los lexemas, por lo que se intuye que la palabra trifulca, a la sazón, no contaba en sus vocabularios aún dialectales. Los traductores para entonces doblaron sus sueldos y perfeccionaron acento cuando de entrepiernas bárbaras se trataba, así que entre dialecto y diámetro sólo disienten aquellos que contraen la parte en dichos canjes, es decir, el discurso originado en las intrigas de la *polis*, lo que acorde con académicos y obstetras la era de la razón inicia justo allí donde comadrona y paladar imponen sus reglas con autonomía del ágora (para ser exactos de lo que sucede en el ágora) y de las termas públicas,

ambos espacios declinables o mejor sustituibles por una trifulca que qué duda cabe empezó con Sócrates, o, para ausentar al sujeto, con caída de ocaso donde castañas se cuecen en intercambio de comas.⁶

Era cuestión de inclinar *se*: la ficción donde las *reses* pastan.

Auguste Comte jamás vivió en esta habitación, la misma donde *Libro* escribe. Sí lo hizo por unos años Ferlinguetti Batista, el de pensamiento ágrafo.

En aquellos trenes, a causa de las resonancias metálicas, se iniciaron *collegeanas* en elogio de la locura.

Y finalmente se logró encerrona: Gordos de al lado posan en cueros.

“Se sentía, como yo me siento ahora —yo, intelectualjornalero—, dominicalmente enamorado del Barroco.”

El de pensamiento ágrafo, Ferlinguetti Batista, en uno de esos momentos en que miró de frente

⁶ Towards a thousand words a day (again).

a Pensamiento, intento definir cada palabra existente sobre la faz de College Station. Al parecer, el proyecto fue abortado a las poquísimas horas de iniciado. No obstante, en la papelera del de pensamiento ágrafo, quedaron pruebas dispersas —bajo el título de *Diccionario Universal de Resonancias*— de tal empeño:

Diccionario Universal de Resonancias

A

Alighieri. — Nombre de comerciante *collegeano*. Debido a medida cautelar, apenas transitó por realidades de Libro: su inventario de voces del Infierno, guardadas en frascos, podrían destapar cajitas de Pandora, sobre todo para aquellos que no se arriesgan más allá de los eventos.

B

Biopolítica. — Mucha hembra.
Barroco. — Caminito a Córdoba. Desde College Station se llega en velocípedo.

D

Dedal. — Pequeño sombrero de copa para poner en las cabecitas de los niños *collegeanos*.
Deleuziano. — Que ve raíces por todas partes, incluso en cielo raso.

E

Estructuralista. — Dicese de quien transita por la viga floja, de ahí que toda relación significativa ajena al transitar (por viga floja) en sí mismo, devenga resbalón.

F

Foucaultiano. — Deseoso de presos. Por ello, para todo foucaultiano auténtico, la “institución disciplinaria” llamada cárcel debe conservarse por los siglos de los siglos, pero con un principio inquebrantable: que sólo sean aceptados los mejores dotados.

Freudiano. — Que le teme a los tríos. Por ello, cada vez que escucha una pieza de Los Panchos, sale dando gritos como condenado del Infierno.

G

Ganso. — Animal que aparece (y se reproduce) cuando Relato es abortado.

Gordovés. — Del árbol genealógico de los *collegeanos*, cuelga. Verbigracia: Gordo de al lado.

L

Lacaniano. — Marica afrancesado. O dicese de quien, a nivel simbólico, se deja penetrar por Realidad.

M

Marxista. — Dícese de aquel que de las almorranas deriva el capital.

N

Narras. — Generalmente se les ve matando ratas con golpes de canto, justo aquí, en Pensamiento.

P

Posestructuralista. — Que vuelve a transitar, pero esta vez acompañado de hilera de gansos (v. *Ganso*), por la viga floja (v. *Estructuralista*).

Despertó *se* en banco del colegio, el domingo, aunque hubiera jurado que aquella noche durmió en su cama, de ahí que se desprenda el barro en la camisa, y en la escritura.

Índice

- I. *¿No es ésta la carretera para Taylor?* / 13
- II. Animal teológico en retratos desdentado / 27
- III. Noticias personales: dos *collegeanas* / 39
- IV. Una armazón que sobre sí misma se arma / 51
- V. Depende del ángulo, o coagulación / 65
- VI. Se propuso escribir veinte líneas / 77
- VII. La obesidad de las formas / 91
- VIII. Esto, de tener que llamar *se* / 103
- IX. Para sacar pasaje hacia otra región / 107
- Apéndice:** breves instrucciones de uso / 121
- Para sacar pasaje a College Station** (por José Prats Sariol) / 125